

LA MUJER EN LA EDAD MEDIA: DOS CARAS DE UNA REALIDAD

Ana María Hornero
Universidad de Zaragoza

Abstract

This paper tries to give an overall view of the ever present dichotomy affecting the view of women in the medieval period, with especial attention focused on XIII and XIV centuries. The clerical misogyny spread hundreds of years before by the Church Fathers is re-taken at this point in pieces of literature of outstanding importance, where women are offered a ultimate solution to avoid their ill consideration: virginity and entire devotion to holy matters. Poems in the vein of courtly literature and fabliaux show the dichotomy reflected in a more worldly vision of women.

Se ha escrito mucho sobre la ambivalencia medieval que situaba a la mujer en un pedestal y simultáneamente la injuriaba como encarnación del mal. Los oradores repetían incansablemente la historia de Eva seduciendo a Adán, al tiempo que elevaban a la Virgen María al estatus del culto. Por otra parte en la literatura secular la mujer se veía ensalzada por los trovadores y seguidores del amor cortés, siendo más tarde el blanco de las risas e insultos masculinos en los célebres fabliaux.

Las ideas sobre la mujer se formaron precisamente en aquellas clases menos familiarizadas con el contingente femenino: los clérigos y un reducido grupo con suficiente poder económico como para considerar a sus mujeres meros objetos de adorno. Para ellos el elemento que definía la posición de aquella no era su personalidad sino su sexo, y por sexo ella era sin duda inferior al hombre. Curiosamente fueron a su vez estas clases quienes desarrollaron la contradocina de la superioridad y la adoración, concentradas en la figura de María en el cielo y la dama en la tierra, con lo que esto supondría en la creación y desarrollo del ideal de la caballería. Esta actitud tan característica surgió evidentemente en una época en la que el grupo clerical y el aristocrático imponían sus opiniones sobre la sociedad, y

si bien es verdad que las clases medias urbanas mostraron una mayor comprensión hacia la posición real de la mujer, lo cierto es que sus voces quedaron ahogadas por el poderío que ejercían las anteriores, desembocando todo ello pues, en una aceptación general de las ideas “oficiales”.

Algunos acontecimientos históricos muy puntuales provocaron un dramático crecimiento de la propaganda antifeminista a lo largo de los siglos XII y XIII. La historia mueve a la historia: la reforma gregoriana, que tuvo lugar en este tiempo, intentaba persuadir de este modo a los sacerdotes para que se mantuvieran en el celibato.

El hecho es que la iglesia medieval se encontraba sumida en una profunda dicotomía en lo tocante a su visión de la mujer, que en un breve trazo podría reducirse a la simple distinción entre pérfidas tentadoras y santas redentoras, dominadas respectivamente por los dos arquetipos establecidos de Eva y la Virgen María. La esencia de la mujer como Eva se traducía en su incitación a los hombres a pecar. En ella los cristianos veían la encarnación de las tentaciones mundanas. Por otra parte las mujeres que seguían el ejemplo de María se caracterizaban por una total sumisión al hombre, análoga a la sumisión de aquella a Cristo, y por su pureza sexual, considerada superior a la del hombre. Esta dicotomía queda plasmada de manera extensa en la literatura religiosa del momento, como nos muestra el autor de la gran obra en prosa *Ancrene Riwe*, quien advierte a sus lectoras de usar con prudencia sus cinco sentidos para evitar caer en tentación. En lo concerniente a la vista aconseja:

þes eppel leo-ue sustren bitocneð alle þe þing þ iust falle þ to. and delit of sunne. hwon þu bihoidest te mon. þu ert in eue point. þu lokest o þen eppel.
(*Ancrene Riwe*: p. 27)

La oposición se revela claramente en este fragmento, relativo al habla:

3e mine leoue sustren uo-leweð ure lefdi and nout þe kakele eue. vor þi ancre hwat se beo. alse muchel ase heo euer con and mei. holde hire stille.
(*Ancrene Riwe*: 28)

No hay duda sobre cuál de las dos partes hay que imitar:

Ure deorewurðe lefdi seinte marie þet ouh to alle wummen beon uorbisne...
(*Ancrene Riwe*: 33)

En los Sermones se atribuye a las mujeres la falta cometida por Eva:

For sicurly it was a comon repref to all women þat by on of hem all mankynd was lost and non of hem myzthe helpe to restore it a3eyn, so farforth þat all þe elements and all oþur beestes and briddes semed per prosopeiam criē vppon a womman, as Petrus Rauennas ymagine þ, sermone Gregorii, seyngē þus, ‘Redde depositum, mulier, redde depositum Dei quod

in Paradiso perdidisti; redde ex te quod perdidisti per te' (*Middle English Sermons*: 257)

A menudo se insiste en la idea de que una mujer destruyó la humanidad, pero otra concebió al Redentor:

þorow a wymman entred dethe, and þorowe a wymmann com in a3eyne euer-
lastyngeliff

(...)

Eue, oure first modur, was made in Paradise clene and with-owten synne, but afturward thorought hure defaute she broughte vs all into a grett myscheff, for she stered Adam hure husbond for to breke Goddes commaundement. And þer-for Adam excused hym by þe womman and seid, 'Lord, þe womman þat þou 3aue me to be my felowe, she made me to ete of þe apill. But now is all þis amended by Mary, for she hatte brought to vs liff with-outen ende. (*Middle English Sermons*: 332)

Las antiguas doctrinas de los Padres de la Iglesia de la Alta Edad Media tuvieron eco en el siglo XII con ocasión de la reforma gregoriana. Bien puede afirmarse que la misoginia clerical era tan antigua como la misma Iglesia. En opinión de San Pablo,

bien le está al hombre abstenerse de mujer (I Corintios, 7:1).

Por otra parte, hombre y mujer han de conocer y aceptar sus posiciones respectivas del uno frente al otro. Así, dentro de la moral familiar se especifica el carácter de la sumisión femenina al hombre:

...Que las mujeres sean sumisas a sus maridos, como al Señor, porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es Cabeza de la Iglesia (...) Así como la Iglesia está sumisa a Cristo, así también las mujeres deben estarlo a sus maridos en todo (Efesios 5: 21-25).

También Tertuliano es una prolífica fuente de invectivas contra la mujer —si bien él contrajo matrimonio, aunque posteriormente acordó con su esposa la separación, con el fin de no defraudar con las obligaciones del matrimonio las horas de la oración y del estudio. De este modo se apartaron y eligieron vivir continentes, siendo Tertuliano ordenado posteriormente sacerdote—. En los primeros siglos de la Iglesia la autoridad de Tertuliano es notablemente celebrada, de tal manera que sus obras se convierten en almacén universal de la Iglesia para controversias contra herejes, para enseñanzas de costumbres y para noticias eclesiásticas. En ellas estudiarían San Cipriano, San Jerónimo, San Agustín, y algunos otros, que tomaron sus palabras como sabia fuente de instrucción. Y en esta difusión radica precisamente la importancia que se pueda otorgar a sus escritos. En alguna de sus referencias a la fi-

gura de la Virgen María exalta su pureza, que contrasta con la supuesta “mancha” que representa el matrimonio para una joven:

El Hijo de Dios nació de una Madre limpia y pura, que no conoció varón, aunque tuvo aquellas sombras de casada. Pero conviene declarar la dignidad del Hijo para que se conozca después la calidad del nacimiento. (*Apología: 220*)

Teólogos y moralistas explotaron de manera casi exagerada el extenso campo de la literatura antifeminista. Después del *Adversus Jovinianum* de San Jerónimo, que defiende una posición ascética y pondera la castidad,

Melium est unum oculum habere, melius est uno inniti pede, et alteram partem corporis baculo sustentare, quam fractis cruribus repere (*Patrologia Latina: 222*)

reforzándolo a menudo con ataques al sexo opuesto,

Vicinum insanire amor mulierum (*Patrologia Latina: 297*)

las diatribas contra la mujer se multiplican en una larga serie de obras, algunas de carácter satírico, que en gran parte se deben a la pluma de clérigos preocupados por la castidad y temerosos de las tentaciones femeninas —actitud por otra parte comprensible, en tanto en cuanto ellos mismos tenían por objetivo mantenerse en perfecta castidad—. Es pues con este fin en mente que se suceden los ataques contra el sexo opuesto, para poder evitar el ser sus víctimas. Los argumentos antifeministas de Jerónimo fueron retomados por entonces, de modo que desde los proverbios hasta los argumentos teológicos, el mito de la debilidad y el vicio femenino se fue perpetuando sin permitir que mujer alguna se liberara de tal estigma. Se recuerdan una y otra vez los tristes ejemplos de aquéllos que, a pesar de toda su sabiduría y virtud, cedieron a la seducción: David, Sansón, Salomón,... Innumerables obras, escritas tanto en latín como en lengua vulgar, continúan la tradición a lo largo de toda la Edad Media, en la que el antifeminismo pudo incluso convertirse en un tema cómodo para autores faltos de inspiración.

Retomando las antiguas doctrinas, Tomás de Aquino opinaba que la mujer era un ser defectuoso: la fuerza activa en el semen masculino producía un “parecido perfecto” en la forma de un niño; cuando nacía una niña se debía a “un defecto” en la fuerza activa (Gies 1980: 50).

El gran tema de la misoginia, de la que el colectivo femenino es objeto, se manifiesta de diversas formas. Unas veces los ataques se basan en la creencia de que la mujer es un instrumento del diablo, como muestra Owst reproduciendo las palabras de un fraile agustino:

They are the Devil's nets, with which he fishes in God's fish-pond, seeking to transfer His fish to take of Hell... The Devil draws one such person

through the town, or sends her to a house where he knows there are fish to be caught, and catches more folk by suggestion of her lips or the stimulus of her adornment than the fisher of souls for God... By a single round of the town or one foolish appearance at the window she converts many to the Devil. (Owst 1961: 395)

La idea seguirá estando presente en el tiempo de Chaucer, como parece indicar un fragmento de *The Man of Law's Tale* en *The Canterbury Tales*:

O Sathan, envious syn thilke day
 That thou were chaced from oure heritage,
 Wel knowestow to wommen the olde way!
 (...)
 Thyn instrument so, weylaway the while!
 Makestow of wommen, wan thou wolt bigile (*The Canterbury Tales*: 1.
 365-367, 370-371)

Resulta interesante encontrar un fragmento de claro antifeminismo en boca incluso del famoso caballero Sir Gawain:

Bot hit is no ferly thagh a fole madde
 And thugh wyles of wymmen be wonen to sorwe.
 For so was Adam in erde with one bygyled,
 And Salamon with fele sere, and Samson eftsones—
 Daiyda dalt hym hys wyrde —and Davyth thereafter
 Was blended with Barsabe, that much bale tholed.
 Now these were wrathed wyth her wyles, hit were a wyne huge
 To luf hom wel and leve hem not, a leude that couthe.
 For thes wer forme the freest, that folwed alle the sele
 Exellently of alle thyse other under hevenryche
 that mused;
 And alle thay were biwyled
 With wymmen that thay used.
 Thagh I be now bigyled,
 Me think me burde be excused (*Sir Gagain*: 250)

En otras ocasiones los predicadores dedicaban gran parte de su tiempo a denunciar la vanidad femenina, su gusto por los adornos y la moda. Owst recoge las palabras de un fraile agustino que se dirigía así a un auditorio de mujeres:

If a noble painter, in his execution of some figure, sculptures it well and artistically and also puts suitable colours upon it, would not the pupil or the owner of the figure do insult to such an artist, if he altered the form and colour of that same figure? So, when women set about adorning their own persons, by constricting themselves in tight clothing they wish to appear slen-

der, and with artificial colours they desire to seem beautiful, thereby expressly insulting their Creator (Owst 1961: 394).

Claro que no todas las mujeres hacían caso de las críticas y consejos que se les dirigían. Oigamos a la encarnación del espíritu de protesta y obstinación, la mujer de Bath, cuando regaña a su tercer marido:

Thou seyst also, that if we make us gay
 With clothyng, and with precious array,
 That it is peril of oure chastitee;
 And yet, with sorwe! thou most enforce thee,
 And seye thise wordes in the Apostles name:
 'In habit maad with chastitee and shame
 Ye wommen shul apparaille yow', quod he,
 'And noght in tressed heer and gay perree,
 As perles, ne with gold, ne clothes riche'.
 After thy text, ne after thy rubriche,
 I wol nat wirche as muchel as a gnat (*The Canterbury Tales*: 1. 337-347)

Las ideas paulinas acerca de la peligrosa sexualidad de la mujer, de su inferioridad intelectual, de su gusto por el cotilleo y una larga serie de ultrajes, se encuentran difundidas por toda la literatura medieval. El propio autor de *Ancrene Riwe* cree en la natural disminución intelectual del sexo femenino y por ello aconseja a las anacoretas que no enseñen buscando ser consideradas por su inteligencia:

... & bicumed̄ meister. þe schulde beon ancre. and leared̄ him þis icumen to leren hire. wolde bi hire tale sone beon mit te wise i cud̄ ant icnowen. Icnowen heo is wel. vor þuruh þ ilke þ heo wened̄ to beon wis iholden. he understont þ heo is sot. vor heo hunted̄ efter þris. and kecched̄ lastunge. vor ette laste hwon he is iwend awei. þeos ancre he wule siggen is of muchele speche. (*Ancrene Riwe*: 28)

La afición femenina por salir y hacerse conocer y ponerse a la última en las habladurías queda corroborada en los reproches que la esposa de Bath le lanza a su tercer marido:

Thou seydest this, that I was lyk a cat;
 For whoso wolde senge a cattes skyn,
 Thanne wolde the cat wel dwellen in his in;
 And if the cattes skyn be siyk and gay,
 She wol nat dwelle in house half a day,
 But forth she wole, er any day be dawed,
 To shewe hir skyn, and goon a-caterwawed.
 This is to seye, if I be gay, sire shrewe,
 I wol renne out, my borel for to shewe (*The Canterbury Tales*: 1.348-356)

O en su propio relato de cómo conquistó a Jankin:

And so bifel that ones in a Lente-
 So often tymes I to my gossyb wente,
 For evere yet I loved to be gay,
 And for to walke in March, Averill, and May,
 Fro hous to hous, to heere sondry talys-
 (...)
 Myn housbonde was at Londoun al that Lente;
 I hadde the bettre leyser for to pleye,
 And for to se, and eek for to be seye
 Of lusty folk (*The Canterbury Tales*: 1. 543-547, 550-553).

Después de ver su obra salpicada de algunos toques antifeministas Chaucer parece querer disculparse, en *The Nun's Priest's Tale*, si bien lo que estaba escrito así permaneció como documento de la realidad de su tiempo:

But for I noot to whom it myght displese,
 If I conseil of wommen wolde blame,
 Passe over, for I seyde it in my game.
 Rede auctours, where they trete of swich mateere,
 And what they seyn of wommen ye may heere.
 (...)
 I kan noon harm of no womman divyne. (*The Canterbury Tales*: 1.4450-4454, 4456)

Hemos ido viendo los ataques que las mujeres medievales soportaron durante siglos sin poder liberarse de tal lacra en ningún momento —todavía persisten, aunque afortunadamente más mitigados, algunos de los prejuicios mencionados contra ellas—. Para los padres de la Iglesia sólo cabía una solución para desintoxicar el sexo femenino: aceptar la virginidad, siguiendo el modelo de María, la Madre del Creador. El poder y la gloria serían para aquéllas que optaran por la vida religiosa y vivieran en castidad. Sufrirían una transformación de seres humanos a ángeles:

And hwat is luf-sumre þing, & mare to herien bimong eorðliche þinges, þen þe mihte of meidenhad? bute bruche & cleane, ibroiden of himseluen, þat makeð of eorðlich mon & wimmon, heouene engel. (*Hali Meidenhad*: 11)

La virginidad, en palabras del autor del tratado *Hali Meidenhad* es “un tesoro del cielo” que ha de mantenerse intacto:

Meidenhad is tresor þat... an 3eoue i3ettet te of heouene. do pu hit eanes awei. ne schal tu neauer nan oðer al swuch acoueren for meidenhad is heouene cwen & worldes alefnesse þurh hwan þe beon iburhen (*Hali Meidenhad*: 11)

Este énfasis en la gloria de la virginidad, considerada como la mejor elección posible para una mujer iba ligado a toda una serie de descripciones gráficas sobre las desventajas del matrimonio, de las que el más claro exponente es *Hali Meidenhad*. Tanto los teólogos como los canonistas consideraban a las vírgenes consagradas como una parte esencial de la humanidad y sentían que estaban exentas de la subordinación general de las mujeres, porque su destino estaba determinado por su consagración a Cristo más que a cualquier hombre mortal. Como consecuencia de esta exagerada alabanza de la virginidad casi todos los teólogos denigraron el matrimonio como elección de segunda clase, que existía sólo como cura del pecado y para la procreación. Estas son las duras palabras del autor de *Hali Meidenhad*:

& seruen hwen þu naldes godd; þis fikele world & frakele. & schalt beo fare iderued under hire as hire þral on a þusad wisen. A3aines an likinge; habben twa of þunchunges. And se ofte beon imaket arm of an eðeliche mon þat tu lift under for noht oðer nohtunge; þat te schal laði þi lif & bire owe þat sið þat tu eauer dides te into swuch þeowdom for worldiche wunne þat tu wenes to bi3eten. & hauest ifunden weane þrin. & wondrade riue.

(...)

under weole in wunne stude þu hauest her ofte helle. & bute þu wið breide þe; bredes te þat oder.”

(...)

Hwen þus is of þe riche. hwat wenes tu of the poure þat beoþ wacliche i3eouen and biset ueele as gentille wimmen mest alle nu oworlde. þat nabbeð hwerwið buggen ham brudgume onont ham & 3eoueð ham in to þeowdom of an eð elicher mon wið al þat ha habbeð. Weilawei ieshu godd hwuch unwurð e chaffere wel were ham weren ha on hare brudlakes dei iboren to biburien. for þi seli meiden for3et ti folc as dauid bit. (*Hali Meidenhad*: 7,9)

No obstante el ideal de la virginidad necesitaba ser reforzado con algún tipo de propaganda para que su difusión fuera significativa, ya que la literatura del momento, donde la caballerosidad y el amor cortés lo invadían todo, resultaba sugerente a la mujer en tanto en cuanto ponía una nota romántica a su destino. Las vidas de santas, a su vez, proporcionaban a la mujer la oportunidad de ser la actriz principal y de alcanzar su realización personal, a diferencia de las damas de los poemas cortesés. Y lo que es más importante: este tipo de literatura empujaba a las lectoras a olvidar las ideas que se les habían inculcado acerca de la pasividad y docilidad. La mujer santa haría frente a los duros ataques del diablo, tendría que tener constancia, templanza y un fuerte carácter para luchar en las batallas espirituales.

Estos requisitos se encuentran en tres de las obras que componen el *Katherine group*: *Saint Katherine*, *Saint Margaret* y *Saint Juliene* Tomemos como ejemplo la primera: *Saint Katherine* se enfrenta abiertamente al emperador reprochándole el absurdo sacrificio de animales para unos absurdos dioses paganos:

Gretunge, Keiser,
 walde wel bicumen þe
 for þin hehnesse
 3ef þu þis ilke 3eld,
 þ tu dest to deouelen,
 þ fordeð þe bað e
 i licome & i sawle
 & alle þ hit driueð

El emperador considera la valentía, la belleza y la inteligencia de la joven, y trata de convencerla de que abandone su religión y se convierta en su esposa, con lo que podrá disfrutar del poder y la riqueza terrenal. Pero lo que procede en una de estas obras de ensalzamiento de la virginidad es que la santa rechace el matrimonio y sitúe su fe por encima de todo, con el consiguiente dramático final para la misma. Así pues, St. Katherine no vacila en contestar que ella está prometida a Cristo:

ne mahtu, wið na þing,
 wenden min heorte
 from him þ ich heie,
 & aa wule herien.
 Bihat al þ tu wult,
 þreap þrefter inoh,
 & þreate þ tu beo weri:
 ne mei me wunne ne weole,
 ne nan worldes wurðschipe,
 ne mei me nowðer teone
 ne tintreohe turnen
 from mi, leofmonnes iuue,
 þich on leue.
 Me haueð iweddett him to
 mi meidhad mit te ring
 of rihte bileaue,
 & ich habbe to him
 treoweliche itake me. (*Life of Saint Katherine*: 71)

Muchas mujeres encontraron en estas hagiografías un refugio interior al que acudir, cansadas de la presión real a la que estaban sometidas. Otras, no obstante, no alcanzaban a aceptar vida tan austera en un mundo que ofrecía tantas oportunidades de diversión. Con los tratados y hagiografías se pretende alentar a la población femenina a la vida interior y a la castidad, siguiendo la pauta marcada por la Virgen María. Esta se convierte en la mujer ideal del siglo XIII: es a la vez madre, virgen e intercesora, la mediadora gracias a la cual Dios llega al hombre y el hombre a Dios. Ella es la defensa del hombre contra el pecado. Los sermones medieva-

les abundan en alabanzas a Nuestra Señora. Destacan la gracia que Dios le confirió, mucha más que a cualquier mortal:

Syrs, amonge all creature þat euer reseceyved grace of God, þer was non þat reyseceyved so plenteuously as did Mary, Goddes modir, for she bare oure Saviour, in qwom was all grace

Y su papel como intercesora por la que podemos alcanzar dicha gracia:

And she may well get þe grace, þat is þe well of grace. There-fore sey þ Seynt Barnard in a sermone þat he made þat begynneþ þus, 'Fecunde virginitatis', 'Our Lady Mary, modur and mayde, asked not of oure Lorde gret witt and wisdom, as dud Kyng Salamon, ne grett richesse ne worldely worshippe, saue only grace'. And þer-for she had it plentewously. (*Middle English Sermons*: 318, 321)

Llegados a este punto hay que insistir en el dualismo profundo que se produce en este ámbito medieval, en el que los últimos latidos del siglo XII y los primeros del XIII admiten la coexistencia de elementos tan dispares como la producción de violentos ataques al sexo femenino, conjugados con bellas piezas líricas en honor a grandes damas. Este carácter doble se manifiesta de manera muy ejemplar en el tratado *De Amore* de Andreas Capellanus, creado en un periodo de constantes antinomias, y en el que el autor trata de la doble concepción medieval de la mujer y del amor, antinomia que no buscaba, por otra parte, una única resolución lógica por parte de sus contemporáneos —actitud más bien propia de un racionalismo moderno, tendiente a reducir todo a la unidad—. Así, en un primer momento el autor se muestra pródigo en consejos notoriamente prácticos sobre cómo acceder a la difícil técnica de la conquista amorosa, al tiempo que desarrolla una teoría del amor, iniciada con una definición y seguida de unas ideas sobre quién puede ser recipiente de este amor, cuáles son los efectos del mismo y cómo afecta a los diferentes ciudadanos. En algunas ocasiones el amor se eleva a un plano espiritual, considerado entonces como fuente de virtud:

Tous les hommes conviennent qu'aucune action vertueuse ou courtoise ne peut être accomplie en ce monde si, à sa source, il n'y a pas l'amour. L'amour est en effet l'origine et la cause de tout bien. Si cette cause disparaît, l'effet disparaît nécessairement. Aucun homme ne pourrait donc accomplir des actions vertueuses si l'amour ne l'y poussait... (*Traité de l'amour courtois*: 58)

Llegados al Libro III, *De la Condena del Amor*, el autor da un giro radical al tratamiento del tema y denuncia de manera firme y vehemente los daños que puede ocasionar la experiencia del amor y el comportamiento reprobable de las mujeres, acaparadoras de todos los vicios posibles, muy distantes, en cualquier caso, del ideal y modelo de virtud y belleza al que se pretendía aspirar en el Libro I:

Toutes les femmes, d'ailleurs, ne sont pas seulement avares de nature; elles sont aussi curieuses et médisent de leurs pareilles; elles sont voraces, esclaves de leur ventre, volages, inconstantes dans leurs paroles, désobéissantes, rebelles aux interdits; elles sont souillées par le péché d'orgueil et elles convoitent la vaine gloire; elles sont menteuses, intempérantes, bavardes, elles ne respectent aucun secret; elles sont luxurieuses à l'extreme, portées à tous les vices et elles n'ont enfin aucune affection véritable pour les hommes (*Traité de l'amour*: 196)

Lo que Andreas Capellanus hace en su obra es reflejar claramente una dicotomía perfectamente visible en su época: dos concepciones del amor y dos posturas ante la mujer, que se encuentra alabada en un principio, para verse después sometida a toda clase de vituperaciones.

Y es que el hombre medieval no tiene una sola idea de la mujer, sino que contempla en ella dos vertientes: la de Eva y la de María, el ser que le apartó de Dios y el ser que media e intercede entre él y Dios.

Tanto es así que entre los juegos de palabras tradicionales en numerosos escritos latinos del momento es frecuente el juego AVE/EVA: las tres letras simbolizan la pérdida del Paraíso, de la dicha eterna, por el primer pecado que la mujer cometió. AVE, que es EVA al revés, es la primera palabra pronunciada por el Arcángel Gabriel a María cuando le anunció que iba a ser madre de Jesús. De esta forma el pecado original introducido por Eva sería advertido, como muestran los nombres, y el hombre podría volver a través del valle de lágrimas, de su caminar en la tierra, al Paraíso.

La dicotomía se hace palpable también en algunos poemas, como lo muestran estos versos, de autor desconocido, pertenecientes a *Chastie Musart*, una de las sátiras medievales más despiadadas contra las mujeres y su desenfreno. Veamos la alusión a Eva:

Je m'étonne souvent de la folie des femmes.
Femme est plus orgueilleuse que lion ou serpent;
par la femme nous sommes tous mis au supplice;
la femme nous jeta hors du digne firmament (*Anthologie*: 95)

Más tarde, no obstante, tiene unas palabras amables para la figura de María:

La femme est une très haute chose, je vous le dis sans erreur,
et si vous ne le savez, vous le devez apprendre:
Dieu vous le montra bien, quand il daigna descendre
en la vierge Marie et y prendre chair (*Anthologie*: 95)

El culto a la Virgen y el culto a la caballería crecieron juntos y florecieron a lo largo del siglo XII y finales del XIII, cuando la cultura medieval alcanzó su punto

más alto. El culto a Nuestra Señora se extendió con asombrosa rapidez y pronto impregnó todas las manifestaciones de la creencia popular. Ya había sido notable en el siglo XI y continuó su preeminencia hasta el final de la Edad Media. En cierto modo la devoción a la Virgen no difería mucho en sus formas de la que el caballero profesaba a la dama, si bien la veneración a la primera se difundió mucho más y fue asimilada por más gente que las ideas de caballería. Así pues contribuyó más a elevar el concepto común sobre la mujer.

Como vemos, la contrapartida romántica al culto de la Virgen era el culto a la dama, y los dos se consideraban necesarios para ser un perfecto caballero. Sin embargo la concepción del amor de éste, ciertamente original, inspiraría una literatura de gran calidad durante la Edad Media. En la segunda mitad del siglo XII se escribía en Provenza una poesía lírica de gran belleza ligada a la filosofía del amor cortés, según la cual el amante servía a su dama tan humildemente como el vasallo servía a su amo: el amor estaba “feudalizado”. A la dama se le debía el mismo respeto que al señor feudal. El amante le ofrecía una sumisión absoluta, y le expresaba su deseo de ser aceptado como confidente al tiempo que le ofrecía constantemente sus servicios:

Dame, vôte je suis et serai,
dispos à votre service;
je suis votre homme-lige assermenté
et je le fus déjà avant.

Es interesante el comentario que hace Eileen Power en cuanto a la repercusión de este arte de amar:

Es obvio que una teoría que consideraba el culto de la dama como próximo al de Dios y que la concebía a ella como fuente de hechos gloriosos, como una criatura romántica mitad divina, debió hacer algo para contrarrestar la doctrina que prevalecía sobre la inferioridad de la mujer. (Power 1986: 29)

Pero hemos de tener en cuenta también que la exaltación de la dama era un uso restringido a una limitada aristocracia, no encontró aplicación en los hombres y mujeres de otras clases. El amor cortés seguramente tuvo mayor importancia en la literatura que en la vida real, ya que resultaba quizás demasiado artificial para el consumo diario, de modo que desapareció rápidamente de los círculos donde surgió. Fue entonces, a finales del siglo XIII y comienzos del XIV, cuando brota un antifeminismo secular tan fuerte como el que habían propuesto los padres de la Iglesia y que toma forma en historias rimadas conocidas como *fabliaux*, donde se habla de la depravación y malas costumbres de las mujeres, pero en un tono jocosos y con una carga menor de repulsa que las invectivas lanzadas por el antifeminismo clerical. Dentro de esta corriente satírica es de destacar *Les Quinze Joies de Mariage*, de autor desconocido, que data de finales del siglo XIV-principios del siglo XV. Toma el título de una oración que enumera los quince gozos de la vida de la Virgen María,

y el protagonista es un respetable burgués cuya malhumorada esposa despilfarra su dinero, le niega sus favores sexuales y, en definitiva, hace de su vida un infierno. Cada *joye* (=gozo) acaba con la misma conclusión:

Ainxin usent leur vie en douleurs, ou
ils demourront toujours, et misérablement
fineront leurs jours (*Quinze Joyes*: 98)

Como reacción a la misoginia predominante surgen a su vez poemas y narraciones de alabanza a la mujer. En Inglaterra *The Legend of Good Women* de Chaucer es un claro exponente de ello, pero igualmente circularon poemas como el siguiente, un anónimo del siglo XV, recogido por Eileen Power:

I am a light as any roe
To preise women wher that I go.
To onpreise women it were a shame
For a woman was thy dame:
Our Blessed Lady bereth the name
Of all women wher that they go.

A woman is a worthy wight:
She serveth a man both daye and nyght;
Therto she putteth all her might
And yet she has but care and woe. (Power 1986: 35)

Y los sermones mostraban de vez en cuando un atisbo de indulgencia cuando decían que no había que despreciar a las mujeres:

A wymman brought Adam in-to muche pyne, and þer-fore Oure Ladie amended þat was amys, þat womman shuld not be ashamed in þat þat she made Adam trespace. þer-fore thorowe Crist Adam was amended, for no man shuld haue vomman in dispite, for it is no wisdom to dispise þat God loue þ. (*Middle English Sermons*: 137)

Como ya hemos comentado Chaucer en algunas ocasiones se lanza a la defensa del sexo femenino, como lo hace en su visión del matrimonio materializada en *The Merchant's Tale*:

That wyf is mannes helpe and his confort,
His paradys terrestre, and his disport.
So buxom and so vertuous is she,
They moste nedes lyve in unitee. (*The Canterbury Tales*: 1. 1331-1334)

Así, entre alabanzas y vituperios, fue transcurriendo la vida de la mujer medieval inglesa. Como hemos visto, el papel de guía ejercido por los escritores ecle-

siásticos resultó definitivo: la vuelta a los escritos antifeministas de los Padres de la Iglesia y su actualización y ampliación en los sermones de los siglos XIII y XIV consiguieron seguramente lo que tan vehementemente perseguían: mantener a los varones en el celibato, lejos de la “tentación femenina”. Afortunadamente, la mujer tenía una posibilidad de salvación: con su entera consagración personal en cuerpo y alma al Ser Supremo, siguiendo los ejemplos tan modélicos de las heroínas del *Katherine Group*, podría tener cabida en el mundo de la alabanza y glorificación absolutas. Otra lucha paralela se daría en la literatura secular: por una parte el caballero se ofrecía en entera disposición a su dama, mientras que más tarde los fabliaux convertirían a la mujer en el blanco implacable de sus burlas.

Vemos en esto un ejemplo de la constante contradicción medieval a la que el hombre de la época estaba muy acostumbrado, y que, por otra parte, fue fuente de inspiración de las más diversas actitudes literarias. Al final del juego, ¿de qué parte se inclinaba la balanza? ¿Eva o María? Esta es una pregunta que quizás pudiera encontrar respuesta para aquellos que piensan que el asunto terminó entonces, en la Edad Media.

Referencias

- ANDRE LE CHAPELAIN, *Traité de l'Amour Courtois*, trad. de Claude Buridant. Paris: Klincksieck, 1974.
- Anthologie Poétique Française. Moyen Age, Vol. II*, trad. de André Mary. Paris: Garnier-Flammarion, 1967.
- BLAKE, N.F. *The English Language in Medieval Literature*. London: Methuen (1977) 1979.
- CAWLEY, A.C. & J.J. ANDERSON (eds.) *Pearl, Cleanness, Patience, Sir Gawain and the Green Knight*. London: Dent & Sons, 1978.
- COCKAYNE, Oswald (ed.) *Hali Meidenhad*, from MS Cotton Titus . XVIII. EETS. London: Trübner & Co., 1866.
- DAY, Mabel (ed.) *The English Text of the Ancrene Riwe* (EETS 225). Oxford University Press, 1952.
- EINENKEL, Eugen (ed.) *The Life of Saint Katherine* (EETS). London: Trübner & Co., 1884
- OWST, Gerald R. *Literature and Pulpit in Medieval England* Oxford: Basil Blackwell, 1961.
- POWER, Eileen *Mujeres Medievales* Madrid: Encuentro (1975) 1986.
- ROBINSON, F.N. (ed.) *The Complete Works of Geoffrey Chaucer*. Oxford: Oxford University Press, 1974.
- ROSS, Woodburn O. (ed.) *Middle English Sermons* EETS 209). Oxford University Press, 1490.
- RYCHNER, Jean (ed.) *Les XV Joies de Mariage*. Genève: Droz, (1963) 1967.

TERTULIANO, *Apología contra los Gentiles en defensa de los cristianos*
trad. del latín por Fray D. Pedro Manero. Madrid, Biblioteca clásica, tomo CXXV,
1889.

UBIETA, José Angel (ed.) *Biblia de Jerusalén*. Bilbao: Ed. Española.